

Periodismo en la Universidad: una aportación decisiva

CARLOS BARRERA

Facultad de Comunicación. Universidad de Navarra

La historia de la enseñanza del periodismo, o dicho en términos más amplios, de la formación de los periodistas y por extensión de los profesionales de la comunicación, forma parte de la historia del periodismo. Nadie puede negar la importancia y la trascendencia que ese aspecto específico tiene en el desarrollo de la prensa y de los otros medios de comunicación, pues afecta de modo directo a quienes «hacen», en el sentido más estricto de la palabra, la información. Detrás de los periódicos, de las emisoras de radio, de las agencias informativas, de los informativos de televisión, hay personas, no meramente engranajes y estructuras empresariales más o menos complejas. La formación que reciban se convierte así en un factor de primera magnitud para aumentar la calidad y el nivel profesional del periodismo y, por extensión, de la sociedad a la que sirven con su labor mediadora.

La puesta en marcha en 1958 del Instituto de Periodismo en el entonces Estudio General de Navarra, hoy Universidad de Navarra, a iniciativa y por impulso directo de San Josemaría, significó, por vez primera en España, la elevación a la categoría universitaria de los estudios de Periodismo. El impacto de esta experiencia y los frutos que fue dando a la profesión, en tiempos ciertamente no fáciles, resultó decisiva para la aprobación oficial, trece años después, de las Facultades de Ciencias de la Información y la erección de las tres primeras en Madrid, Barcelona y Navarra. Es así justo que la historia reconozca el carácter pionero de aquella semilla plantada en 1958, hoy árbol robusto y

realidad asentada no sólo en Navarra sino en toda la Universidad española. La aportación del Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, San Josemaría Escrivá, a este capítulo de la historia de la profesión periodística, y por ende de la del periodismo español, cabe ser calificada, por tanto, como decisiva.

1. ALGUNOS RETAZOS DE HISTORIA

El periodismo es una profesión relativamente moderna, sobre todo si la comparamos con otras de mayor tradición y raigambre como la medicina o el derecho. Como en toda profesión naciente, en sus comienzos se producía una casi inevitable carencia de métodos estandarizados o cuajados de enseñanza y adiestramiento para quienes quisieran dedicarse a ella. Cuando a finales del siglo XIX y comienzos del XX, el periodismo se asentó como una realidad consolidada en los principales países occidentales, surgió pronto la lógica discusión acerca de la formación de los periodistas. La más simple formulación era aquella de si el periodista nace o se hace. Quienes se inclinaban por lo primero daban prioridad al aspecto vocacional mientras que los partidarios de lo segundo incidían más en la necesidad de procurarle una formación específica, que podía desarrollarse bien en el propio centro de trabajo (el llamado, en términos anglosajones, *training in job*) o bien en centros especializados. Dentro de esta última opción cabían aún dos posibilidades: que la formación se diera dentro de la universidad o en otro tipo de centros o instituciones creadas a tal efecto.

Las primeras escuelas de periodismo, propiamente hablando, nacieron en Estados Unidos y se desarrollaron dentro de las universidades. El famoso periodista Joseph Pulitzer fue uno de sus más activos promotores¹. Corrían los primeros años del siglo XX, y la prensa norteamericana se había situado en la vanguardia del periodismo moderno, con tiradas crecientes y un gran nivel de influencia social, ayudada por los más avanzados medios tecnológicos que lo posibilitaban. En Europa, entretanto, la sensibilidad mayoritaria seguía siendo la del aprendizaje profesional en los propios periódicos.

En el caso concreto de España, y salvo algunas iniciativas aisladas anteriores, el primer centro específico de enseñanza del periodismo no llegó hasta 1926. Se trató de la Escuela de Periodismo de *El Debate*, llamada así por haber sido impulsada por el diario católico del mismo nombre. Dicho centro bebió muy

¹ José Javier Sánchez-Aranda, *Pulitzer. Luces y sombras en la vida de un periodista genial*, Eunsa, Pamplona, 1998.

directamente de la experiencia de las escuelas norteamericanas. De hecho el director y principal prohombre de *El Debate*, Ángel Herrera Oria, envió a Estados Unidos a un hombre de su confianza, el sacerdote Manuel Graña, para recoger el material y la inspiración necesarias con el fin de realizar un proyecto similar en España. El cotejo de los materiales docentes de la Escuela de *El Debate* con los de las escuelas estadounidenses muestra claramente esa influencia². El estallido de la guerra civil en 1936 cortó drásticamente la vida de este primer centro de enseñanza del periodismo en España, que dejó tras de sí un buen número de graduados llamados a ocupar puestos relevantes en la prensa española.

Tras el paréntesis obligado de la contienda fratricida, tuvieron lugar en 1940 unos cursillos de especialización para periodistas organizados por la Dirección General de Prensa y que duraron de octubre de 1940 a junio de 1941. Varios catedráticos de universidad fueron invitados a formar parte del claustro y también San Josemaría aceptó dar clases de Ética General y Moral Profesional, debido a la insistencia de su amigo el obispo de Madrid, monseñor Leopoldo Eijo y Garay, y del director general de Prensa, Enrique Giménez-Arnau, antiguo compañero de aula en la Facultad de Derecho de Zaragoza en los años veinte³. Un atractivo añadido para él era la posibilidad de influir positivamente en la formación de los periodistas en una cuestión tan medular. Además, la Ley de Prensa dictada en abril de 1938 se refería explícitamente, en su artículo 16, a «la organización académica del periodismo». Sin embargo, en noviembre de 1941 se abandonó esa posibilidad y el Estado procedió a la creación de la Escuela Oficial de Periodismo, alejándose de su posible configuración universitaria e incidiendo más en los aspectos de control político del acceso a la profesión. Esta y otras tesituras provocaron que San Josemaría no figurase dentro del cuadro de profesores de la nueva Escuela.

Hasta entonces consta, por varias fuentes, el interés que tuvo el joven sacerdote aragonés por el mundo de la prensa. Su principal biógrafo da cuenta, por ejemplo, de una anotación en sus Apuntes íntimos que decía: «Considero delante de Dios N. Señor el negocio y veo que, dado el apostolado en que Él me ha metido, necesito estar al tanto de las cosas que pasan en el mundo»⁴. Evidentemente, la alusión al negocio era metafórica y referida a la tarea sobrenatural que Dios le encomendaba. En los años veinte y treinta, entre su

² Manuel Graña González, *La escuela de periodismo: programas y métodos*, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930.

³ Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, t. II, Rialp, Madrid, 2002, pp. 430-431.

⁴ *Ibidem*, pp. 363-364.

ingente labor pastoral, se preocupó por tratar a algunos periodistas con los que trabó auténtica amistad, como lo demostraron luego éstos en sus testimonios escritos tras su fallecimiento en junio de 1975. Incluso el secretario de aquellos cursillos de especialización, Pedro Gómez Aparicio, llegó a escribir en un arranque de osadía: «Creo que hubiera sido un gran periodista de no absorberle sus actividades apostólicas».⁵

Desde un punto de vista meramente externo, y hasta la creación del Instituto de Periodismo de Navarra, se produjo en la vida de San Josemaría un período de «aparente» silencio con respecto a su relación con el periodismo. Afanado por el impulso de las labores apostólicas y del reconocimiento jurídico del Opus Dei dentro de la Iglesia, sus esfuerzos fueron encaminados a hacer que sus hijos y muchos otros cristianos participaran activamente, de forma profesional y responsable, en el mundo de la opinión pública, y particularmente del periodismo. De aquellos tiempos data un documento suyo en el que, ahondando en esta idea, escribía: «Lo que hace falta son periodistas católicos, que trabajen como unos buenos profesionales, con libertad y responsabilidad personal».⁶ Ese énfasis puesto en la expresión «periodistas católicos» era el contrapunto consciente de la realidad de tantos «católicos periodistas» que, con las mejores intenciones pero sin la debida preparación profesional y técnica, se lanzaban a intervenir en el mundo de los medios de comunicación.

2. EL INSTITUTO DE PERIODISMO DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Después de los dos grandes hitos ya mencionados en la enseñanza del periodismo en España, a saber, la Escuela de *El Debate* en 1926 y la Oficial a partir de 1941, el siguiente hito fundamental fue el Instituto de Periodismo creado en 1958 dentro del todavía Estudio General de Navarra, que sería formalmente erigido como Universidad en 1960. Suponía un salto cualitativo de gran trascendencia por ser la primera vez que se ofrecían dichos estudios dentro de una institución universitaria, con profesores universitarios y un sistema de gobierno idéntico al del resto de Facultades. Las puertas de la Universidad se abrían para el periodismo o, dicho de otra forma, el periodismo cobraba carta de

⁵ Pedro Gómez Aparicio, «Termina la Escuela Oficial de Periodismo», en *Hoja del Lunes*, 14-VII-1975, p. 9.

⁶ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Carta 30-IV-1946*, n. 48. Citado por: Pablo Pérez López, «Militantes, funcionarios, empleados y pluriempleados. Cincuenta años de oficio periodístico en Valladolid (1930-1980)», en Carlos Barrera (coord.), *Del gacetero al profesional del periodismo. Evolución histórica de los actores humanos del cuarto poder*, Fragua / Asociación de Historiadores de la Comunicación, Madrid, 1999, p. 189, nota 174.

naturaleza universitaria. Era una realidad pionera en España e incluso en Europa, pues si bien existían algunos departamentos de periodismo en universidades alemanas, holandesas y belgas, su cometido era la investigación teórica más que el adiestramiento profesional y práctico de los alumnos.

Un autor español denominó a aquel naciente Instituto de Periodismo, años más tarde, en acertada metáfora, la «Facultad presentida»⁷. Su puesta en marcha y su funcionamiento, a pesar de las dificultades en que tuvo que desenvolverse, supuso de un modo real el reconocimiento de la importancia que se concedía al periodismo y demás medios de comunicación en la vida pública. De ese reconocimiento se derivaba la necesidad de una enseñanza no meramente práctico-profesional sino enriquecida, además, con la formación intelectual y humanística de base propia de todo saber universitario, lo que llevaba de la mano también a poner las primeras piedras de la investigación científica del periodismo, de la información, de la comunicación y de la opinión pública.

Por orden cronológico, los estudios de Periodismo en la Universidad de Navarra fueron los cuartos establecidos después de los de Derecho, Medicina y Filosofía y Letras. Esta enumeración es reveladora de la precedencia que tuvo, por un querer expreso del Fundador del Opus Dei, sobre otras Facultades posteriores. El primer director del Instituto, Antonio Fontán, ha escrito a este respecto que «el fundador del Opus Dei y de la Universidad de Navarra, San Josemaría Escrivá de Balaguer, había pensado desde el principio que la institución de la que sería Gran Canciller acogiera en su seno la formación profesional de periodistas, y la investigación en las disciplinas básicas de la información y de la comunicación, con el nivel académico y científico de las facultades tradicionales»⁸. El propio San Josemaría tuvo oportunidad de proclamarlo y justificarlo públicamente en 1967, en un discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad con ocasión de unos doctorados *honoris causa*. Se refirió, en concreto, a cómo la Universidad, «para responder a las nuevas necesidades y exigencias de la realidad social (...) se abre ahora en todos los países a nuevos campos, hasta hace poco inéditos, incorpora a su acervo tradicional ciencias y enseñanzas profesionales de muy reciente origen y les imprime la coherencia y la dignidad intelectual, que son el signo perdurable del quehacer universitario»⁹.

⁷ Manuel Vigil y Vázquez, *El periodismo enseñado. De la Escuela de «El Debate» a Ciencias de la Información*, Mitre, Barcelona, 1987, p. 153.

⁸ Antonio Fontán, «Periodistas en la Universidad: del edificio de Comptos al de Ciencias Sociales», en *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 10 (2001), p. 748. También en: Onésimo Díaz y Federico Requena (eds.), *Josemaría Escrivá de Balaguer y los inicios de la Universidad de Navarra (1952-1960)*, Eunsa, Pamplona, 2002, pp. 203-204.

⁹ Discurso pronunciado el 7 de octubre de 1967 y recogido en el libro *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, Eunsa, Pamplona, 1993, pp. 87-93.

Junto al impulso fundacional de San Josemaría, la consolidación del Instituto de Periodismo se fue logrando también merced a la labor abnegada de los profesores de aquellos primeros años, encabezados por Antonio Fontán, y a la competencia profesional de las primeras promociones de periodistas que iban saliendo de sus aulas. Otros factores que coadyuvaron al éxito fueron el propio desarrollo económico, social y tecnológico que fue experimentando España y la cierta liberalización que supuso la nueva Ley de Prensa e Imprenta de 1966, y que atrajo el interés de los jóvenes por aprender y ejercer la profesión periodística. Sin embargo, no cabe olvidar que, en la otra parte de la balanza, había que situar otros factores nada desdeñables que dificultaban la normal andadura del centro: el monopolio de la Escuela Oficial de Periodismo a la hora de expedir los carnés de periodista; las limitaciones de las libertades públicas –y por tanto también las de expresión y prensa– en la España franquista; la falta de tradición universitaria y de profesorado adecuado y formado para estos nuevos estudios; la desconfianza y escepticismo procedentes de algunos sectores de la propia profesión; y la precariedad de medios económicos y materiales propias de una Universidad privada y joven.¹⁰

Algunas acciones del Gran Canciller demostraron claramente su interés, seguimiento e implicación en el desarrollo de esta experiencia pionera. Así, por ejemplo, aprovechando la inminencia de una reforma de los planes de estudio que se iba a realizar en 1967 para todas las escuelas de Periodismo, impulsó la realización de una serie de documentos de trabajo con el objetivo de «aumentar más la altura de las enseñanzas, sobre la base de lo mucho que se ha hecho hasta la fecha»¹¹. Era la muestra más palpable de un sano espíritu de inconformismo, de un afán de superación para seguir mejorando. Tras las sugerencias que se hicieron, se convocó una reunión de trabajo en Madrid cuyo fin primordial era «establecer un planteamiento básico del Instituto, definiendo la idea fundamental que debe alentar sus labores y señalando, en función de ella, los fines que ha de proponerse»¹². Otro episodio significativo de sus desvelos, muchas veces recordado por quienes tuvieron ocasión de protagonizarlo, fue el regalo que en 1968 hizo de un cuadro de Santa Catalina de Siena, a quien profesaba una especial devoción, al Instituto de Periodismo. Con este detalle quería dar a

¹⁰ Cfr. Carlos Barrera, «Las dificultades de los comienzos en la enseñanza universitaria del periodismo: el Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra (1958-1971)», en C. Barrera (coord.): *Del gacetero al profesional del periodismo. Evolución histórica de los actores humanos del cuarto poder*, Fragua/Asociación de Historiadores de la Comunicación, Madrid, 1999, pp. 241-255.

¹¹ Oficio del Rectorado de la Universidad de Navarra (en adelante RUN) n° 5523 (21-VII-1966). En Archivo de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra (en adelante AFCUN).

¹² Oficio RUN n° 6962 (2-V-1967). AFCUN.

entender, según recuerda el profesor Gómez Antón, que «siguiéramos su ejemplo y enseñáramos a hacerlo a los alumnos, diciendo, siempre que fuera necesario, verdades como puños, con firmeza y a las claras, pero con caridad y comprensión»¹³. Desde entonces ha colgado siempre de las paredes del despacho del Decano de la Facultad como un recordatorio evocador.

3. LAS FACULTADES DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN

El 13 de agosto de 1971 el Consejo de Ministros aprobó el decreto regulador de los nuevos estudios universitarios de periodismo, publicidad y comunicación audiovisual, configurados por vez primera como Facultad, que se denominó de Ciencias de la Información. Para poder conseguirlo, previamente se había hecho una labor contra el reloj para que la nueva Ley General de Educación, aprobada por las Cortes en julio de 1970, recogiera en un apartado de su disposición transitoria segunda, la incorporación de «los estudios de Periodismo y demás medios de comunicación social a la Educación universitaria en sus tres ciclos y titulaciones, de Diplomado, Licenciado y Doctor»¹⁴. El entonces Director del Instituto de Periodismo, Alfonso Nieto, junto con el director y subdirector de la Escuela Oficial (Emilio Romero y Luis María Anson, respectivamente), se habían empeñado en conseguirlo a través de gestiones varias ante distintos representantes del poder político de la época. No fue quizás la forma más brillante de entrar, pero dicha ley era, en palabras de Emilio Romero, «el último autobús que pasaba por delante de nosotros», y caso de no subirse a él, «nos hubiéramos quedado en tierra no sé por cuanto tiempo».¹⁵

Así fue como pudieron comenzar, en el curso 1971-1972, las tres primeras Facultades universitarias españolas en Navarra, Madrid y Barcelona. En estos dos últimos casos se hizo mediante la sucesiva conversión de sus Escuelas Oficiales de Periodismo en las nuevas Facultades de Ciencias de la Información dependientes de la Universidad Complutense y de la Autónoma, respectivamente. Más sencilla resultó la transición en Navarra debido a que desde 1958 el funcionamiento del Instituto era similar al de cualquier otra Facultad universitaria del campus. El 6 de octubre de 1971, el director del Instituto, Alfonso Nieto, dirigió

¹³ Francisco Gómez Antón, *Desmemorias*, Eunsa, Pamplona, 2002, pp. 78-79.

¹⁴ Ley 14/1970 de 4 de agosto, General de Educación y Financiación de la Reforma Educativa (B.O.E., 6-VIII-1970, p. 12544).

¹⁵ Discurso de Emilio Romero en la apertura del curso académico 1970-71 de la Escuela Oficial de Periodismo. Cfr. carta de Andrés Romero, secretario de la Escuela Oficial, a Alfonso Nieto (21-X-1970), en la que le envía copia del discurso. AFCUN.

un escrito al Rector de la Universidad en el que solicitaba el cambio de la denominación «Instituto de Periodismo» por el de «Facultad de Ciencias de la Información» con el objeto de adaptarse a la nueva legislación. Un mes más tarde, el 8 de noviembre, el Gran Canciller aprobaba dicho cambio y erigía la nueva Facultad.

Ambos textos, el del profesor Nieto y el de San Josemaría, contenían un interesante compendio del camino recorrido desde 1958 y resaltaban el carácter indudablemente precursor de la enseñanza universitaria del periodismo en la Universidad de Navarra. Nieto se refería a cómo la reciente promulgación de las nuevas normas legales suponían «una gozosa muestra del carácter pionero que – como en tantos otros aspectos– tiene la Universidad de Navarra», y cómo «la casi totalidad de la prensa nacional destacó el carácter innovador y adelantado» de dichos estudios¹⁶. Por su parte, el Gran Canciller resumía la labor realizada en los trece años anteriores con unas palabras muy significativas:

*«A lo largo de todos estos años se ha podido comprobar de modo satisfactorio la importancia que tiene la incorporación de esos ámbitos del saber a la educación universitaria; así lo demuestran las promociones de graduados de diferentes países que alcanzaron los correspondientes grados académicos en ese Centro de Enseñanza Superior y que actualmente ejercen tareas profesionales en medios informativos».*¹⁷

De esta manera se vino a plasmar de derecho lo que venía siendo una realidad de hecho desde la creación del Instituto de Periodismo en 1958. Su carácter universitario era un rasgo fundacional expresamente querido por el Fundador de la Universidad y asumido como propio tanto por los profesores de aquellos primeros tiempos como por los alumnos, que participaban plenamente de la altura y del ambiente universitarios de los que se quiso impregnar desde el principio aquellos estudios. Como escribió el profesor Nieto en su solicitud, a modo de resumen: «Efectivamente, desde su erección en el año 1958, el Instituto de Periodismo está realizando sus tareas docentes e investigadoras en el seno de la Universidad de Navarra; participa del caudal propio de las Facultades humanísticas y enriquece la vida universitaria aportando profesionales capacitados en el tan interesante como difícil ámbito de la comunicación social»¹⁸. De cualquier forma, la intuición primera de las modernas necesidades de los

¹⁶ Oficio de la Junta Directiva del Instituto de Periodismo (JDIP) 32/71 (6-X-1971). AFCUN.

¹⁷ Decreto del Gran Canciller, Josemaría Escrivá de Balaguer (Roma, 8-XI-1971), en oficio RUN, n° 5046 (4-XII-1971), dirigido al Director del Instituto de Periodismo. AFCUN.

¹⁸ Oficio JDIP 32/71 (6-X-1971). AFCUN.

periodistas, y de la propia sociedad con respecto a éstos, procedió de San Josemaría, auténtico impulsor del proyecto.

Otro dato elocuente de la influencia que la experiencia universitaria de Navarra ejerció sobre las primeras Facultades de Ciencias de la Información en España fue que un buen número de los profesores de éstas procedían del claustro docente o de antiguos alumnos del Instituto. Así lo subrayó uno de ellos en el acto conmemorativo del XXV Aniversario de la Facultad en 1984, que terminaba diciendo: «Me atrevo a decir que las Facultades de Ciencias de la Información surgidas en España, que ya son cuatro, no hubieran sido posibles sin el esfuerzo inicial que aquí se hizo»¹⁹. Esas cuatro Facultades que funcionaban a mediados de los años ochenta se han convertido ya en unas cuarenta a la altura del año 2004, lo que demuestra la pujanza y la extensión de esta joven Facultad universitaria que tanto debe a San Josemaría.

4. EL AMOR A LA VERDAD, EL BUEN PERIODISMO Y SU TRASCENDENCIA SOCIAL

Coincidiendo en el tiempo con el desarrollo del Instituto de Periodismo y con los difíciles y confusos tiempos para la Iglesia posteriores al Concilio Vaticano II, el Fundador del Opus Dei decidió salir a la palestra pública y concedió una serie de entrevistas a distintos medios informativos no sólo españoles sino también internacionales como *The New York Times*, *Le Figaro* y la revista *Time*. No rehusó, pues, el contacto directo con el periodismo, sabedor de la influencia social que tenía a la hora de formar y moldear la opinión pública. Muchos fueron los temas que trató en dichas entrevistas, recogidas posteriormente en forma de libro. En la que concedió al director de la revista *Gaceta Universitaria*, Andrés Garrigó, dedicó unos párrafos al periodismo. Distinguía entre el «buen periodismo» basado en informaciones «con hechos, con resultados, sin juzgar las intenciones, manteniendo la legítima diversidad de opiniones en un plano ecuánime, sin descender al ataque personal», y el falso periodismo de «la verdad a medias», mezcladas a veces con «no pocos errores y aun calumnias premeditadas».

No fue, sin embargo, San Josemaría un teórico de la información, ni mucho menos intentó introducirse en las cuestiones específicas de quienes practicaban el periodismo. Como en tantas otras cuestiones técnicas y profesionales, las dejaba

¹⁹ XXV Aniversario de la Facultad de Ciencias de la Información: «Discurso del Prof. Ángel Benito, Director del Instituto de Periodismo y Decano de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid» (Pamplona, 4 de junio de 1983), p. 8.

a la libre y formada voluntad de quienes a ello se dedicaban. Pero no cabe duda, como se ha podido mostrar en estas páginas, de que fue un incitador, un espoleador, un animador para que los cristianos dedicados a estos quehaceres lo hicieran con profesionalidad, con responsabilidad y con un alto sentido ético. La integración de los estudios de periodismo en la Universidad, que él preconizó, fue una consecuencia directa y lógica de su preocupación y de su amor por quienes trabajaban en los medios de comunicación. A la altura del año 2000, Antonio Fontán, testigo privilegiado de esa inquietud de San Josemaría, dijo en una entrevista:

*«Desde que se inventaron en el siglo XIII, las universidades han tenido como fin la preparación de profesionales de grado superior para los oficios que demandaba la sociedad. Al principio eran los juristas, los teólogos y los médicos. Ahora, además de esas, hay otras muchas profesiones de ese grado superior que la sociedad requiere: economistas, investigadores científicos, ingenieros, ‘comunicadores’ o periodistas, etc. Se puede trabajar en los medios sin los diplomas de nuestras facultades. Pero la experiencia –y ya va siendo larga– prueba que se llega mejor a ellos desde las facultades especializadas».*²⁰

La búsqueda de la verdad, que es el fin de todo saber universitario, adquiere mayor relevancia aún a la hora del ejercicio de las profesiones de la comunicación ya que dicho elemento se halla en su misma entraña, en lo que constituye su materia prima: la información, la presentación y transmisión de la realidad o las representaciones que de ella se hacen. Nada más lógico, pues, que el carácter universitario de las enseñanzas de comunicación. La sociedad del siglo XXI, que es conocida ya por muchos precisamente como la sociedad de la información o la sociedad del conocimiento, no puede permanecer ajena a la importancia que los medios de comunicación, tanto los tradicionales como los derivados de las más modernas tecnologías, poseen a la hora de configurar las actitudes y mentalidades tanto personales como colectivas.

²⁰ *Nuestro Tiempo*, n.º 558 (diciembre 2000), p. 52.